

Elvira Ontañón Sánchez

Licenciada en Historia de América por la Universidad Complutense de Madrid, donde realizó también sus estudios de doctorado. Ejerció de profesora de Historia y Literatura en el Colegio Estudio, donde fue colaboradora directa de Jimena Menéndez-Pidal, y directora de 1990 a 1996. En 1979 inició junto a Laura de los Ríos la segunda etapa de las colonias de vacaciones de la ILE, que dirige desde hace más de veinticinco años. Autora de abundantes publicaciones sobre temas relacionados con pedagogía, con la ILE y el Instituto Escuela. Es miembro de la Fundación Francisco Giner de los Ríos, de la Fundación Estudio y presidenta de la Corporación de Antiguos Alumnos de la ILE. Recientemente recibió la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio

Lectura, escuela, educación y biblioteca

La lectura

No vamos a descubrir nada nuevo al afirmar la relevancia de la lectura, o al insistir en que la lectura acapara una buena parte de lo que se llama aprendizaje o enseñanza. Y sin embargo, hay que insistir siempre en la importancia y las posibilidades de la lectura, mucho más allá del puro aprendizaje. Incluso en los programas más modestos de las escuelas menos dotadas y más alejadas en el tiempo y en el espacio ha ocupado y ocupa un lugar preferente, incluso por delante de la escritura. Es como una primera vía de comunicación y de información con el mundo exterior, casi un distintivo para la persona, como un primer título: “sabe leer”.

Esta destreza que parece algo relativamente fácil de conseguir, resulta para mí un aprendizaje asombroso, un “descubrimiento” que considero difícilísimo para un niño y tal vez más para un adulto.

El juntar letras y sonidos para formar palabras no es más que el comienzo del proceso: la llamada “lectura mecánica” en la que hay que introducir además acentos y demás signos de puntuación para que sea correcta. El siguiente paso será la “lectura comprensiva”, que requerirá más tiempo: se trata de entender y dar sentido al texto conociendo todas las palabras, para lo que será necesario el uso del diccionario y la orientación del maestro.

En todo el proceso la escuela jugará un papel fundamental.

Escuela, familia y lectura

Como en todas las actividades escolares, especialmente las que se inician en las primeras etapas –como es el caso de la lectura– en la cual es inevitable la repetición, habrá que “jugar” con ella, salir de la rutina comentando los textos leídos, comprobando el grado de comprensión y de interés por parte de los alumnos a través, por ejemplo, de las lecturas compartidas, tratando de darles vida con debates colectivos, haciéndolas dialogadas y “tanteando” diferentes temas: científicos, fantásticos, cómicos y buscando entre las estrategias inventadas y por inventar temas para conseguir el gusto por la lectura y a través de ella captar la transmisión de ideas y sentimientos, de emociones, de principios morales o religiosos... Todo esto que forma parte del hecho de leer, sin dejar atrás la comunicación autor-lector o la interpretación personal de lo leído, es algo muy complejo que se irá alcanzando –mejor que “dominando”– de modo paulatino a lo largo del tiempo. Para recoger los frutos de la destreza de leer, además de tiempo y estímulos, será precisa ayuda de

los adultos: maestros, padres, hermanos, abuelos que hagan sentir el atractivo de leer y también para saber que el esfuerzo dedicado a descifrar plenamente unos signos, nos llevará al mundo del conocimiento en toda su amplitud, a las esferas de evasión y también a la diversión.

Estímulos para leer

Todos los atractivos de la lectura no son siempre percibidos o intuidos por los principiantes, y si se pretende lograr buenos lectores habrá que discurrir diferentes estrategias para fomentar la afición, que pueden ir desde el relato a la lectura en alta voz o la representación gráfica de lo leído, entre otras muchas cosas.

Mi experiencia personal ha sido que la afición a leer me vino de las narraciones de mi padre: desde la historia de su vida, especialmente de la infancia (que dejó escrita), a la Biblia, pasando por Julio Verne, *El Quijote* o *Los miserables*. Y también de haber “escuchado” grandes poemas o novelas que una hermana mayor me leía cuando tenía yo ocho o nueve años. Recuerdo perfectamente el afán con que leí todas estas obras después: *La Odisea*, *David Copperfield*, *Los nibelungos*, *Robinson Crusoe*, los cuentos de Amicis reunidos en *Corazón*...

La llamada a la lectura o la incitación a ella tiene su buen momento –aunque no sea necesariamente el único– en la infancia y la adolescencia y sus “caldos de cultivo” son sobre todo la casa familiar y la escuela. En la familia, el ejemplo de que todos lean será la manera más natural para que el niño también lea, como un hábito común. Y el procurar que adolescentes y niños tengan facilidad para encontrar libros atractivos a su alcance, que respondan a sus gustos y capacidades, dará fluidez a la lectura.

El periodo escolar abarca desde la primera infancia a la mayoría de edad, lo cual supone un número de horas amplísimo y la escuela es el mundo, la sociedad en la que se mueven los estudiantes, con sus problemas y satisfacciones. En ella cada alumno encuentra afectos, aprende a convivir con niños y niñas de su misma edad, mayores y menores y también con adultos. Además de adquirir conocimientos, habilidades y hábitos.

La biblioteca escolar

Entre los muchos aspectos en que la escuela es fundamental destaca su labor al

despertar el estímulo y la afición a la lectura, y también en esta tarea la responsabilidad de los maestros constituye la clave. En la escuela existe un lugar privilegiado que es la biblioteca. La biblioteca puede limitarse a ser un lugar con libros diversos, donde los alumnos acuden periódicamente a leer (o simplemente a ojear libros) bajo la vigilancia de un adulto, o puede convertirse en un centro de coordinación, un lugar de encuentro que sirva de apoyo a las distintas áreas o materias y al mismo tiempo un foco de actividades adaptadas a cada edad o etapa escolar.

Las escuelas pequeñas tienen normalmente una biblioteca única para todos los alumnos. La labor del bibliotecario será conseguir y seleccionar la dotación, organizarla debidamente, idear actividades para las diferentes edades, incluso lograr distintas fisonomías en la ubicación de los libros para cada nivel escolar.

En las escuelas grandes es preferible disponer de una biblioteca en cada nivel ajustada a las necesidades y preferencias de la edad de los alumnos, aunque la actividad debe ser similar en cada una de ellas: orden, creación de un ambiente grato y lleno de intereses (nuevos libros publicados, trabajos de alumnos, encuestas...). Dependerán también de cada biblioteca las sugerencias y organización de actividades, desde la más sencilla a la más ambiciosa. Información, práctica en el uso de la biblioteca y autonomía de los alumnos para el debido uso y un largo etcétera de posibilidades. Con todo esto el papel de la biblioteca se hace rico y variado: sus fines y misión serán desarrollar la responsabilidad, compartir un bien común, participar en actividades colectivas, que pueden ir desde la crítica debatida de un libro leído por todos (“libro forum”) o la discusión sobre argumentos, ambientes o personajes. Escenificaciones de momentos “culminantes” o concursos de ilustraciones sobre alguna obra, por poner algunos ejemplos.

El trabajo común en colaboración y la participación directa de cada individuo son actuaciones muy necesarias: aprender a hablar, a debatir, a tratar de entender la postura “del otro”, incluso a buscar en los argumentos y situaciones de los libros cuestiones éticas, de solidaridad y convivencia.

Considero muy útil la “biblioteca circulante” que multiplica el número de libros disponibles y les convierte en bien común y compartido que es responsabilidad de todos. Pueden ser también útiles a la escuela las bibliotecas públicas que abran al barrio la actividad en un horizonte distinto.

Todo esto sin entrar en la “biblioteca del futuro” que es ya casi la biblioteca del presente, que puede hacer de ella el núcleo de las técnicas informáticas de la escuela, paso importante para los alumnos con vistas a la etapa universitaria. Y el papel del bibliotecario será siempre análogo: seleccionar el material, la información, en papel o virtual; ayudar a los alumnos a ordenar, y elegir lo necesario para su interés o tema de trabajo. Relacionar unos datos con otros para sacar conclusiones. Completarlas con datos gráficos: mapas, esquemas, fotografías, cuadros... para con toda la documentación, elaborar el texto, trabajo o informe.

Creo que sería interesante –supongo que tal vez ya existe– una cierta especialización en bibliotecarios escolares, cuya formación deberá ser cada vez más exigente, puesto que su papel puede resultar de una gran utilidad en la formación de los alumnos y en la coordinación de la escuela.

Quiero incluir aquí una frase del profesor Agustín Andreu del Instituto de Filosofía del CSIC a propósito del tema que nos ocupa: “La biblioteca escolar ha de ser abierta a todos los caminos: ha de haber de todo; todos los senderos y rutas. Ha de ser un tentadero, un imaginario, un lugar de tentaciones intelectuales y espirituales, un alimento de la fantasía, un excitador de intereses, de misterios. [...] En la biblioteca es indispensable el repertorio de clásicos. Tanto la biblioteca infantil como en la juvenil. Clásico es el libro inagotable, inagotable porque el autor ha metido allí la vida; todo lo esencial de la vida se tiene en cuenta en tal libro” (1).

Biblioteca y educación en los años de la República

En la historia de nuestro país, la educación ha desempeñado un papel secundario: presupuestos escasos, ausencia de formación de maestros, falta de escuelas y de proyectos educativos... La Ilustración había sembrado en Europa una inquietud por la educación de los pueblos que llegó a España durante el reinado de Carlos III. Pero las primeras actuaciones, similares a las de otras naciones europeas, se vieron bruscamente interrumpidas durante el nefasto reinado de Fernando VII, cuando los demás países –conscientes de su importancia– desarrollaron durante el siglo XIX ambiciosos programas educativos, organizados desde el estado, para lograr una enseñanza para todos, obligatoria y gratuita.

Francia es un claro ejemplo de este esfuerzo.

En España, los hombres de la Revolución de 1868, especialmente el grupo krausista, trataron de organizar y renovar la educación en España, dándole el rango que exigía una sociedad nueva, pero el proyecto no pudo cuajar ante la avalancha de acontecimientos políticos adversos y de las circunstancias históricas que terminaron con el “sexenio liberal”.

La aparición en 1878 de la Institución Libre de Enseñanza, en un esfuerzo por defender la renovación educativa profunda que España necesitaba, fue un foco de esperanza. A pesar de la precariedad de medios y de lo reducido del grupo, desde 1882 la Institución creó una especie de prototipo de escuela, donde poner en práctica ideas y métodos pedagógicos renovadores, importados unos, otros adaptados a la realidad española, y gran parte de ellos creados a partir de unos principios.

La influencia de la ILE a través del Museo Pedagógico primero, más tarde, con la creación de un Ministerio de Instrucción Pública por primera vez en España en 1900, y algunos años después con la aparición de la Junta para Ampliación de Estudios (1907) con todas sus instituciones anejas, se fue haciendo sentir, fusionada con las corrientes pedagógicas europeas haciendo que el primer tercio del siglo XX español, la llamada “Edad de Plata”, lo fuera no solo en Arte, en Literatura o en Ciencia, sino también en Educación, preparando la gran reforma de nuestra historia, que llegaría con la República hace ahora ochenta años.

La Ley General de Educación de 29 de septiembre de 1931 es la más completa, la más equilibrada y coherente que hemos tenido nunca: un nuevo concepto educativo en progresión desde los cuatro años al fin del ciclo universitario. La ley iba acompañada de un plan para la formación de los nuevos maestros y un ambicioso proyecto de construcciones escolares que nivelara la deficitaria situación educativa en España.

Pero las necesidades y carencias educativas en nuestro país no estaban solo en la enseñanza reglada; aún había serios índices de analfabetismo, sobre todo entre las mujeres y en las zonas rurales y a todo quiso acudir el gobierno de la República. En diciembre de 1931 se hizo realidad uno de los sueños de Manuel B. Cossío, director del Museo Pedagógico y representante de la Institución Libre de Enseñanza desde la muerte de Francisco Giner de los Ríos en 1915. Este sueño realizado fueron las Misiones Pedagógicas, en las

cuales, como en el resto de la renovación educativa, la biblioteca era pieza clave. Como dato diré que el presupuesto para bibliotecas se multiplicó por veinte en 1931.

En las expediciones a los pueblos apartados se daban charlas a los vecinos sobre sus derechos y deberes como ciudadanos, para hacerlos conscientes de que el poder procedía de ellos. Además se proyectaba alguna película, o se representaban obras breves de teatro clásico; también actuaba el coro con una audición de música popular, y se dejaba en la escuela un gramófono, una colección de discos y una pequeña biblioteca para uso escolar. Los libros iban colocados en unos cajones de madera, que formaban las estanterías de la biblioteca una vez instaladas.

La primera misión fue a Ayllón (Segovia) y en ella Cossío dijo entre otras cosas: “Es posible que con todo ello (representaciones, música...) y mucho más aprendáis poca cosa; pero si os divertieseis algo y la Misión sirviese por lo menos de aguijón o estímulo en alguno de vosotros para despertar el amor a la lectura, el fin que la República se propone al querer remediar aquella injusticia que antes dijimos estaría en parte logrado. Porque esto es lo que principalmente se proponen principalmente las misiones: despertar el afán de leer en los que no lo sienten, pues solo cuando todo español, no solo sepa leer – que no es bastante– sino tenga ansias de leer, de gozar y divertirse, si, divertirse leyendo, habrá una nueva España”.

Las Misiones continuaron su labor, incluso con los recortes del gobierno de la derecha en 1934 (si bien, ralentizada), y aún seguían repartiendo bibliotecas, en 1938, en plena guerra civil, en el interior de Valencia, con la guerra virtualmente perdida para la República. En 1937 María Moliner, que fue protagonista en la organización de las bibliotecas de Misiones Pedagógicas, escribía un folleto con *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas*, en cuyo prólogo anima a los bibliotecarios a poner entusiasmo en su tarea y confianza en la capacidad de mejora de los seres humanos, al mismo tiempo que les aconseja sobre distribución del espacio y les responsabiliza de la importancia de su tarea.

Este interés por fomentar la lectura, fue desde la iniciación de las Ferias del Libro (1933-1936), entonces situadas en el paseo de Recoletos de Madrid, que tuvieron gran éxito editorial o las Ferias del Libro ambulantes, a la creación de bibliotecas populares en numerosas localidades de España: Federico García Lorca inauguró una en su pueblo Fuentevaqueros en 1931.

Se creó una Junta de intercambio y adquisición de libros para Bibliotecas Públicas para mejor aprovechamiento de los presupuestos.

La permanencia y ampliación de la educación a través de las bibliotecas durante la guerra civil, produce asombro. En 1937 Tomás Navarro Tomás, miembro destacado del Centro de Estudios Históricos de la JAE, publicó el informe *Archivos y bibliotecas de la República española durante la guerra (2)* digno de leerse. En los duros años de combates hubo bibliotecas en el frente, en los cuarteles, en los hospitales. Incluso en el hospital de las Brigadas Internacionales improvisado en el hotel Palace hubo una pequeña biblioteca con títulos en diferentes idiomas en la que colaboraba una joven espontánea que hablaba varias lenguas y ayudaba a los heridos a escoger sus lecturas.

Entre los bibliotecarios más activos en aquellos difíciles años cabe destacar a Juan Vicens, que estuvo en la Residencia de Estudiantes, y fue un personaje de enorme interés, Teresa Andrés, Jordi Rubió, y María Moliner, que se haría célebre posteriormente por su *Diccionario de uso del español*.

El resultado de la guerra terminó con este enorme esfuerzo educativo en una labor de destrucción de todo lo conseguido por “los otros”. Como símbolo (desgraciadamente hay muchos más), puede valer una noticia de *El pensamiento navarro*, 30 de agosto 1936, encabezado por la frase “Por Dios y por España”, uno de sus primeros titulares es: “Se ha hecho un expurgo en las bibliotecas escolares”, y a continuación: “Reposición del crucifijo” (3).

El año 2005 la Biblioteca Nacional organizó una ambiciosa exposición *Biblioteca en guerra* que, además de proporcionar datos interesantísimos, es una especie de merecido homenaje a todos los bibliotecarios que colaboraron con entusiasmo y generosidad a la educación del pueblo a través de las bibliotecas en las circunstancias más difíciles, casi heroicas que cabe imaginar. La mayoría de ellos, no solo no recibió gratitud alguna, sino que fueron sancionados y expulsados de su meritoria profesión. El excelente catálogo da testimonio de la labor realizada durante la República. ◀▶

Notas

(1) *Boletín de la ILE* nº 59-60. Dic 2005, pp. 140-141.

(2) *Biblioteca en guerra* (catálogo). Biblioteca Nacional. 2005. p. 229.

(3) *Biblioteca en guerra* (catálogo). Biblioteca Nacional. 2005. p. 141.